
SALVADOR ALLENDE

ALLENDE: extrañezas y destiemplos.

Jorge Arrate

Las derrotas son completas sólo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon. No es el caso de los derrotados el 11 de Septiembre de 1973. Hay explicaciones para la fortaleza de esa memoria; pero una es la principal: Salvador Allende.

Para los vencedores, la constatación es frustrante evidenciando lo parcial de una victoria que pretendían total. Por algún tiempo todavía, casi obsesivamente, persistirán en sus intentos de imponer en Chile, por diversas vías, las reglas del olvido. Una vez más, fracasarán.

Allende, el socialismo, la izquierda, son parte esencial de la nación, de su ser, de su cultura. Aquel que pretenda suprimirlos como recuerdo, referente, idea, partido, movimiento o fuerza, tendrá que asumir, de nuevo, la odiosa tarea imposible de suprimir parte de Chile.

El antiguo aparato de radio, en caja de bakelita color café oscuro, me recuerda el de mis padres, regalo de su matrimonio celebrado en 1940. Han pasado treinta y tres años desde entonces. Es más que mi existencia y sin embargo, no sé por qué, pienso que no es tanto.

La pieza de hotel decadente, de muros revenidos y cortinas deshilachadas, cobija un catre con perillas de bronce viejo y un ropero enorme con un imperfecto espejo biselado. El tono de la madera es caoba, creo. Toda una metáfora de ese Montevideo con aires infundibles de museo, estrechido ya en esos días por los tupamaros y la represión en su contra.

Nos hemos sentado en el piso de tabla, sobre unas alfombras de lana impregnadas de mugre immemorial, yo y mi acompañante del

primer día de un exilio que luego parecería interminable pero que, en ese momento, todavía ni siquiera somos capaces de adivinar. Siempre hemos pensado que todo saldría bien. No es un raciocinio; la razón, mirado el escenario desde un cuarto de siglo más tarde, vociferaba lo contrario, como sibila de mal agüero. Es Allende. Allende sabrá llevar las cosas adelante.

La música (¿cuál era?, ¿una vidalita de Zitarrosa o un rock?) se interrumpe. Un extra noticioso: "Informa radio Carve, Montevideo, República Oriental del Uruguay: el Presidente de Chile Salvador Allende se ha suicidado".

Político, político socialista, médico, un izquierdista, revolucionario, héroe, reformista, socialdemócrata, rojo, un destructor, un ingenio, amigo de Cuba y Fidel, antimperialista, un comunista, parlamentario... Así, entre apología y condena, Allende ha vivido sus veinticinco años de muerto.

Nadie ha podido escapar a la fascinación que produce el instante de su deceso, probablemente por el heroísmo consciente de su acto. Su decisión de morir no constituyó un arranque del instante, un impulso súbito. Allende enfrentaba la eventualidad de un fin trágico con serenidad y sin fatalismo. Quien escuche hoy la grabación de sus últimos discursos radiales desde La Moneda bombardeada no podrá evitar la sensación de oír a un hombre lúcido que habla con coherencia y con sentido de la historia, sin temor a la muerte próxima que está allí acechándolo mientras lucha.

Gesto de grandeza que ni sus propios enemigos han podido negar, la muerte de Allen-

de lo es aún más si se considera que él parecía amar tanto la vida, la vida simple. Por eso tuvo una capacidad singular de percibir las tensiones de lo cotidiano y de incorporarlas a su discurso político. Ajeno a grandes y refinadas teorizaciones fue mucho más político que ideólogo, impulsor de grandes proyectos, pedagogo social, realizador de ideas. Comprendió bien la manera de ser del chileno y percibió con claridad los motivos de sus aflicciones como también los de su alegría y felicidad. Su lenguaje estuvo siempre marcado por este rasgo fundamental.

La idea del socialismo fue en manos de Allende una idea bien custodiada: consistía en un mundo más justo, donde el ser humano fuera más libre y más pleno, más igual a sus iguales.

¿Apología? Quizá, es posible, más que posible. Durante veinticinco años he pensado una y otra vez la figura de Allende y tengo claro que no he abandonado, ni podré nunca, mi visión del Allende heroico, constructor de justicia, luchador por el socialismo. Pero durante este cuarto de siglo también ha surgido para mí un Allende más "incómodo", menos clasificable. Más allá de la legítima admiración, he ido descubriendo un Allende mucho más complejo que el ícono oficial de la izquierda chilena.

Estas líneas, siempre provisionarias (¿qué se habrá de decir de Allende a los cincuenta años de su muerte?), recogen algunas de esas incomodidades, tratan de establecer los "desórdenes", las "anomalías", que convierten a Allende no sólo en el gran crítico práctico de la sociedad capitalista latinoamericana de su tiempo sino también en el gran crítico de los modos propuestos para cambiarla.

No me atrevo a decir que Salvador Allende tenía razón, quizá no la tenía. Pero su grandeza radica no sólo en su heroísmo sino también en su accionar inconformista, indócil, distinto, que en las coincidencias con la izquierda, o las izquierdas (su izquierda, sus izquierdas), normalizadas por ese entonces, en su mayor parte, en discursos oficiales sólidamente

establecidos: los comunistas en una combinación de ortodoxia teórica de matriz soviética que mantenía vigente el concepto de dictadura del proletariado y postulaba una política democrática de masas que descartaba el enfrentamiento armado; y los socialistas, el partido de Allende, impactados por la experiencia de Cuba y los movimientos armados latinoamericanos, en el concepto de la inevitabilidad de un momento de fuerza (para el que era preciso prepararse), que restituiría la "normalidad" a la herética vía allendista.

Balmaceda se quitó la vida, digno, sereno, vestido formalmente, derrotado por los ejércitos del bando que estoy, sobre todo, por el sentimiento de haber causado guerra y muerte en su propia patria. Pensó y escribió su última carta

Prat, en el combate naval de Iquique, acometió al Huascar en acto suicida. Un rato antes improvisó su alocución en la cubierta de la Esmeralda que luego su segundo, Uribe, su amigo de infancia y compañero de armas, transcribió en carta escrita desde la prisión.

Allende dejó el testimonio oral de sus discursos desde la Moneda, combinación de arenga, profecía, despedida y esperanza. "Radio Carve, Montevideo, Uruguay, reproduce el último discurso de Salvador Allende, derrocado hace algunos minutos...". "... pagaré con mi vida mi lealtad al pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente".

La radio semeja un granerizo, una tortuga marina con caparazón de nácar, un puercoespín malévolo echado sobre un velador de esa habitación desvencijada, insensible frente al mar de lágrimas que nos inunda. Entonces recuerdo (¿o siento que escucho esas palabras?): "Joven, sépalo bien: yo tengo ambición histórica. A mí me sacarán de aquí sólo con los pies para adelante".

La muerte de Allende fue ajustada a uno de los destinos que él habrá prefigurado mu-

chas veces. Porque no tenemos uno solo, al menos en nuestra fantasía que se balancea siempre entre el pesimismo y el buen futuro, entre la muerte y la vida larga. En algún instante, en muchos quizá, habrá imaginado la victoria de su proyecto, la democracia más plena, la justicia social más vigente, unos destellos de felicidad compartida por su pueblo, el aplauso de sus contemporáneos, el reconocimiento histórico en vida. En otros habrá pensado su derrota, seguramente su captura. No hubiera sido el primer Presidente que salía en vilo de La Moneda, o de algún palacio de gobierno de América Latina, al amanecer, o de anocheada, un cañón en la espalda, la caminata con aires de aparente dignidad hasta un vehículo militar... Los fotógrafos, decenas de fotografías... El aeropuerto...

La noche del "tancazo", pocos meses antes del golpe, un grupo de los manifestantes que colmaban la plaza frente a La Moneda mientras Allende hablaba desde un balcón, gritaban: "Torres, Torres...". Sí, Juan José Torres. Presidente de Bolivia derrocado hacía poco. Y así había sido: al aeropuerto, hacia Santiago, había salido del Palacio Quemado, en La Paz, Juan José Torres. La editorial de un semanario de un comité regional del Partido Socialista insinuó, días más tarde, el mismo fin. No conocían a Allende.

Él había sembrado conscientemente y en muchos la convicción que jamás se rendiría. Pero algunos creyeron que era sólo una forma de intimidar a sus enemigos al hacerles sentir cuan decididos debían estar si intentaban derrocar su gobierno. Se equivocaron. Estuve entre los muchos que siempre creímos sus declaraciones. Quizá por eso, o a lo mejor por odiosidad hacia los golpistas, nunca concebí veinticinco años atrás que Allende se hubiera suicidado. Sentía orgullo porque había cumplido con su palabra y no había aceptado salvar la vida a cambio de la rendición y tenía la convicción que había sido asesinado. Mi tesis renunciaba a la duda, a la ambigüedad que entrañó su muerte que, a diferencia de las muertes nítidas, indudables, obligó a todos a una reflexión más atenta. Allende suicidado o Allende asesi-

nado, cualquiera de las dos posibilidades, hubiese sido el fin de un capítulo, porque la muerte es en sí misma fin, cuando es determinada. Pero esta muerte genérica, misteriosa, que parecía hasta avergonzar a algunos de sus adversarios, prolongó por mucho tiempo el debate sobre la forma precisa en que aconteció. Sentí por mucho tiempo que los enemigos de Allende deseaban disminuirlo atribuyéndolo a la propia decisión de Allende en vez de a sí mismos. Con el transcurso de los años me decidí por la duda y un día concluí que ya no tenía importancia si Allende se había suicidado o había sido asesinado. Estoy seguro que para la historia será una cuestión banal. Las circunstancias y forma en que fue atacada La Moneda en 11 de Septiembre de 1973 no admiten interpretaciones sobre la decisión de los atacantes de aniquilar a quienes allí se defendían. Por otra parte, la tenaz voluntad de Allende y de sus compañeros de permanecer en su sitio hasta el fin y de no aceptar la rendición, no dejan lugar a dudas sobre su decisión de sacrificar la vida si era necesario.

*"El pueblo unido jamás será vencido".
Marchamos por la calle principal de Curacaví,
después del recuento de votos. Los dueños de
los fundos de la zona han enmudecido. Unos
demócratacristianos se acercan a saludarnos.
Siento a mi lado la voz aflautada de un gordo
de bigotes, es un regidor comunista. Cantamos,
puño en alto: "Arriba los pobres del mundo..."*

*Horas más tarde, en el balcón del segundo
piso del antiguo edificio de la FECH aparece
Allende. Está rodeado, y apenas lo diviso desde
mi ubicación en el medio de la Alameda, entre
abrazo y abrazo, esa noche de triunfo. Pienso
con temor: el balcón se va a desprender de
repente de la estructura, no resistirá el peso de
tantagente. Al lado, en grandes letieros, el cine
Santa Lucía anuncia su último estreno en
Cinemascope. De nuevo, cantamos: "...mil
barreras habrá que romper..."*

*Alguien grita: "¡Dicen que la Moneda está
rodeada de tanques! ¡Vamos para allá!"*

ES EL 4 DEL 70, NO ES EL 11 DEL 73.

En la experiencia allendista, como en pocos otros procesos, victoria y derrota están inbricadas: factores que destacan positivamente en una de las dos instancias se expresan con signo negativo en la otra, y viceversa. La práctica democrática de la izquierda y el acatamiento de los marcos jurídicos que caracterizaba a la sociedad chilena en general, permitieron invocar exitosamente disposiciones legales y tradiciones políticas para consagrar constitucionalmente un triunfo electoral con poco más de un tercio del sufragio popular. Pero los mismos factores incidieron, por ejemplo, en la debilidad manifestada en algunas ocasiones para ejercer con mayor energía las facultades de coerción estatal o en la audiencia que lograron las voces que proclamaban que el gobierno incurría en ilegalidades o utilizaba contra su espíritu la legislación vigente. Mientras la práctica reivindicativa de largos años impulsada por el movimiento sindical orientado por la izquierda se tradujo en fuerza de masas y se reflejó en los resultados electorales, esa misma práctica se expresó en la orientación consumista de algunas etapas de la política económica del gobierno y fue aprovechada por la oposición para perforar la fuerza de la Unidad Popular incluso en segmentos de la clase obrera organizada. Mientras una cierta mezcla de ignorancia y apatía de la izquierda en relación con los problemas de la seguridad nacional y las fuerzas Armadas (¿o era un sentimiento de impotencia?) impidió la creación de áreas de conflicto inminente o de abierta contraposición, dicha apatía y desconocimiento se expresó durante el gobierno en las dificultades para conducir una política exitosa en esta importante área.

Es que el proceso chileno al socialismo era recorrido, como corrientes subterráneas, por dos tensiones básicas. La primera: la tensión entre el proyecto y su forma o vía con su actor o impulsor, es decir, la contradicción entre la llamada "vía chilena al socialismo" y la izquierda, el protagonista que debía surcarla y conducirla

en cada una y todas sus fases. La segunda: la tensión entre las características del protagonista y las tareas que el ejercicio del gobierno imponía como condiciones necesarias, aunque quizá no suficientes, para tener éxito.

Desde el día en que la izquierda triunfó en las elecciones pareció vivir con una dramática duda sobre su propio proyecto. Si se examina someramente la postura de cada partido resultará más clara esta afirmación. Para el Partido Comunista casi toda incertidumbre tendía a disolverse en la coherencia de su organización sólida y en los límites que su propia elaboración teórica suponía a los acontecimientos en curso. Su problema, en este ámbito, era lograr que la experiencia allendista pudiera explicarse en los moldes teóricos que eran su matriz analítica. Para el Partido Socialista el problema era mayor: la experiencia allendista contradecía hasta ese momento las estimaciones políticas de sus congresos y las profecías de la mayoría de sus dirigentes, que enfatizaban las limitaciones de la lucha electoral para impulsar los cambios postulados por la izquierda. Similar era la situación de los sectores de matriz cristiana popular, en pleno proceso de radicalización política y en actitud crítica al conjunto de la izquierda histórica y específicamente de su principal líder electoral, Salvador Allende. El MIR, por su parte, normalizado en la línea de la insurrección armada, desestimaba el empeño de Allende.

De este modo, en 1970 la Unidad Popular asumió el gobierno con el lastre de las disfuncionalidades provenientes del pasado, de esa contradicción entre el proyecto que surgía triunfante pero aún no realizado (¿nada más que la victoria de una insólita esperanza!) y las posiciones teóricas consolidadas, correspondientes a corrientes de conformación internacional, probadas en otras latitudes y con la apariencia, entonces, de cierto grado de éxito. Allende obviamente no podía reescribir el pretérito: la fuerza con que contaba era la que conocía, con sus fortalezas y con sus limitaciones. No tenía otra alternativa que superar las dificultades sobre la

marcha. Y, como también era esperable, este hecho constriñó severamente los márgenes de libertad del Presidente para actuar y redujo severamente las opciones disponibles. En definitiva, los partidos y su base, unos más, otros menos, no comprendieron suficientemente ni aceptaron la base del análisis de Allende: el escenario se modifica radicalmente y asume un carácter totalmente nuevo en el momento en que la dirección política del país pasa a manos de las fuerzas populares.

Es fundamentalmente este análisis el que me impulsa a sostener que los partidos de izquierda protagonistas de la Unidad Popular, más allá de sus aportes impresionantes a la generación y desarrollo del proceso, y de su probada lealtad y heroísmo, constituyeron una fuerza normalizada y conservadora, mientras Allende, en posiciones contra la corriente, teóricamente no consagradas, prácticamente mucho más complejas que los recetarios internacionalizados de las instituciones políticas que lo apoyaban, fue un auténtico innovador y levantó con su acción una crítica de la izquierda chilena mucho más profunda que las autocríticas "oficialistas" que circulan hasta hoy.

Amsterdam en Abril suele ser bastante helado y su clima marítimo siempre sorprende hasta a los que han nacido allí. Unos treinta hombres y mujeres enarbolamos banderas rojas con las insignias del Partido Socialista y buscamos la Avenida Salvador Allende. Nos acompañan representantes de partidos amigos.

Hay aquí varias generaciones de refugiados, algunos llegados desde el asilo en la Embajada holandesa de Santiago, otros desde países de acogida luego abandonados. En estos días, nada parece bueno para quedarse, sólo Chile sin dictadura. Y eso no existe. La mayoría viene de las cárceles, del Estadio Nacional, de Chacabuco, de la isla Quiriquina, algunos pasaron por Villa Grimaldi. O por la calle Londres. Pero tuvieron suerte: están vivos y en Holanda. Los miro y en ellos me miro. Estamos aterridos de frío; la avenida, en la periferia de la

ciudad, es muy larga, parece tener kilómetros, y está rodeada de prados y manchones de arbustos y árboles jóvenes. De pronto descubrimos que uno de sus tramos, de unos cientos de metros, se llama "Salvador Allende". Hay ya cientos de calles, plazas y escuelas en todo el mundo que llevan el nombre, me dice alguien. Asiento, y habrán más, digo, mientras con la bufanda trato de evitar el viento en la cara. La sensación térmica es en Amsterdam mucho peor que la temperatura, en los meses de Abril. Y las nubes... Una mujer gorda envuelta en un gamulán muestra con el índice las nubes. Los rostros morenos se levantan y miran hacia el cielo con una mueca de incertidumbre, temen al aguacero. Se ve el cielo completamente plomo y se nota que un viento feroz empuja a las nubes, y de repente caen unos goterones y luego la embestida se detiene. Pueden transformarse en granizo o nieve en cualquier instante, aleitan. O puede hasta salir el sol, por un ratito. Abries la lucha entre la lluvia y el sol, las nubes en el medio.

En el centro de uno de los parques vemos un monolito, rodeado de pasto quemado por las heladas. Ese es. Es el monolito en homenaje a Allende. Es sólo planicie en decenas de metros a la redonda, y los autos, muy pocos, se divisan allá lejos, surcado, sinsaber, la Salvador Allende. Un bastidor con la bandera socialista se afima ahora en el monolito, una forma abstracta. Dos compañeras arreglan unas imperfecciones de la corona de flores.

Alguien saca una cámara fotográfica y procede. El presidente del partido local comienza la difícil lectura de su discurso de aniversario: el viento estremece las hojas de papel y pareciera querer metérselo a la boca y las narices por la fuerza. La foto rendirá testimonio. Dos compañeras colocan la corona. Unos niños corren veloces tras el bastidor que el viento cleptómano arrastra por el prado seco. Rostros congelados. Los puños en alto. La Marsellesa Socialista. El fotógrafo sigue implacable como si el rollo no tuviera fin. Lo desarrollará en su cámara oscura y nos enviará copias, desarrolla-

rá las fotos en un tono gris sepia. ¿Por qué irá a elegir el gris sepia? Pasarán muchos años y siempre que mire esas fotos me preguntaré por qué; absurdamente, porque sé la respuesta. O creo saberla.

El temporal se ha desatado. Corremos todos, chorreando agua a los pocos metros, en busca de guarida. El acto ha llegado a su fin, ha transcurrido otro 19 de Abril, otro aniversario del PS, uno más (¿cuántos más nos esperan en el Abril de Amsterdam), y nos hemos dispersado en trenes amarillos a nuestros pueblos de nombres extraños que no pronunciamos bien, a nuestras casas. Allí, en cada una, está Allende.

Al analizar la izquierda chilena de los años 60 y 70, dos elementos surgen como factores de consolidación de su identidad y unidad: uno es el liderazgo asumido por Allende, el otro es el rol de la teoría revolucionaria como factor plasmante de un pensamiento básico común relativamente compartido.

Un cuarto de siglo después es imposible desconocer que la teoría, como cemento y uniformador, y el líder, como difusor, mediador y vértice, adquirieron contornos antagónicos. De esta manera, la Unidad Popular llegó a reflejar una izquierda ortodoxa en lo teórico (aunque dividida en ciertos conceptos) y original y herética en su práctica. La ideología era sostenida por el canon teórico, la práctica era sostenida por Allende. La teoría y Allende eran los dos elementos soldadores de la izquierda chilena. Pero mientras Allende se constituyó en el elemento aglutinante con capacidad de soldar proyecto, actor y tareas en el proceso social, la teoría revolucionaria asumida en su forma canónica (un canon o el otro), fue el gran desarticulador de ese proyecto con su actor político y orgánico, la coalición de partidos, y de ésta con sus tareas.

Habida consideración de estas tensiones, sostengo que el núcleo de la estrategia seguida por Allende en los tres años de gobierno parece

válido: se trataba de suplir el esquematismo político de sus bases de apoyo y sortear la disfuncionalidad de su forma de pensar y de hacer política, a fin de neutralizar la enorme fuerza potencial del adversario e impedirle que la reuniera y utilizara en plenitud.

¿No es extraño? El político de izquierda más inserto en la institucionalidad, el que predicaba la posibilidad de construir un nuevo Estado con continuidad legal entre el Estado que deseaba reemplazar y su sucesor, el más asimilado a los estilos y prácticas de la política del período denominado del "Estado de compromiso", ¿había desordenado todos los esquemas y principalmente los de sus propias fuerzas de sustentación!

Saca el féretro de la tierra protectora que cobijó la tumba anónima. Desde Santa Inés hasta el Cementerio General corre, vuela el ataúd, atraviesa como bolido entre las filas de los que alcanzan a agitar una banderola, levantar un palo con un afiche, remecer un pañuelo, enarbolar un puño, correr, correr unos metros, los niños, los más jóvenes para estar más cerca, unos segundos.

La comitiva oficial parece guardia temerosa: quizá alguien va a robarse el cajón, pienso. ¿Por qué no? No es una idea descabellada, robarse el cajón y los huesos, el cráneo resquebrajado por el balazo, las osamentas expropiadas por tantos años, transportados velozmente para llegar de nuevo allí, bajo tierra, ahora rodeadas de mármol. ¿Por qué no robarlas?, pienso. Gloria eterna al héroe (en la nueva tumba o en algún sitio recóndito entre los suyos).

La gente enrolla las banderas rojas en torno a los palos de escoba, atesora una fotografía gigante, lanza un grito más y se vuelve a su destino. La ciudad está en calma, se ve igual, pero no lo está. Mal que mal ha pasado un fantasma frente al cual lo único imposible es la indiferencia.

Recabarren, Mariátegui, el Ché, Allende, cada uno a su modo, desordenaron. Todos ellos

desecharon los caminos codificados que abrían las dos internacionales: el conformismo de la Segunda y el stalinismo de la tercera. Rompieron con esos cánones, no renunciaron a pensar sus realidades, y su aporte es no sólo el acto teórico de disentir (heróico, muchas veces, en la izquierda del siglo XX) sino también su ejemplo de libertad para pensar: la reivindicación de un pensamiento propio, la renuncia a la imitación y, sobre todo, el rechazo del dogma teórico o político que tanto esterilizó durante el siglo que termina al movimiento socialista.

Aunque no queremos olvidar, el olvido es una termita. Aunque no queramos alimentarlo, allí está, socava.

Se ve repleto el Estadio Nacional. "Caminate no hay camino...". Recuerdo el sufrimiento que almacenó esa cárcel improvisada; algunos que están allí la habitaron. En aquellos días. Para la mayoría del país son episodios que o no quiso conocer o conoció y quiso olvidar,

habrá otros para quienes esas imágenes se han ido haciendo borrosas.

Pienso: la mayoría en este Estadio no ha olvidado. No podría. ¿Cómo olvidar lo que no se vivió, lo que no se conoció por la vivencia? Los miles de jóvenes que hay allí no podrán olvidar, precisamente por su juventud. Siento una extraña alegría. Me preocupan menos el olvido, las amnesias, los intentos de lobotomía colectiva, la fuerza ejercida sobre las memorias para que no sigan practicando ese vicio malsano de recordar... "Se siente, se siente, Allende está presente", gritan los que no olvidarán porque no tienen memoria de esos días y, por lo tanto, no pueden. Allende ya no depende de nuestro registro, el de aquellos que presenciamos, sufrimos, vibramos con los días de la Unidad Popular. Ha vivido sus veinticinco años de muerto en la memoria colectiva, esa que nunca termina. XXI

Santiago, Septiembre de 1998.

Eric Hobsbawm visita Chile

El historiador Eric Hobsbawm, visitará Chile entre el 21 de noviembre y el 2 de diciembre de 1998. Como es sabido, Eric Hobsbawm es considerado por unanimidad como uno de los historiadores más importantes del siglo.

Su visita a nuestro país constituye un acontecimiento cultural de la mayor importancia. En reconocimiento de ello, el Gobierno lo ha declarado Huésped Oficial de la República.

La visita del profesor Hobsbawm a Chile es patrocinada por una amplia lista de instituciones que representan diversos ámbitos culturales de diferentes regiones del país. Entre las instituciones patrocinantes de la visita se incluyen las principales universidades y centros académicos, importantes empresas y medios de comunicación así como las más representativas organizaciones sindicales y estudiantiles. Su visita responde a una invitación del Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo (CENDA), la Universidad ARCIS y la Revista Encuentro XXI y junto a ellas el Grupo Editorial Grijalbo Mondadori.

El programa de la visita del profesor Hobsbawm incluye un seminario durante el cual dialogará con autoridades de diversos ámbitos del quehacer nacional acerca del tema "El Mundo Frente al Milenio". Ministros de Estado, parlamentarios y dirigentes políticos, autoridades universitarias y académicas, dirigentes empresariales, sindicales y estudiantiles han comprometido ya su asistencia a este seminario.

Por otra parte, el profesor Hobsbawm participará en un taller académico, organizado en conjunto con los principales departamentos y facultades del área de historia y ciencias sociales del país.

El profesor Hobsbawm participará también en un encuentro abierto con jóvenes y público en general, el que se desarrollará en el Salón de Honor del ex-Congreso Nacional.

ACTIVIDADES RELACIONADAS CON LA VISITA DE ERIC HOBSBAWM

Martes 24 de Noviembre, 18 hrs.
Salón de Honor ex-Congreso Nacional
Conferencia "El Siglo XX"
Abierta a jóvenes y público en general

Miércoles 25 de Noviembre, 9 a 17:30 hrs.
Auditorio edificio Diego Portales
Seminario "El Mundo frente al Milenio"
Valor de la Inscripción: 7 U.F. por participante.

Jueves 26 y viernes 27 de Noviembre, 9 a 13 hrs.
Salón de honor USACH, Salón de honor U. de Chile
Seminario académico "El Historiador frente al Milenio"
Valor de la inscripción: 1 U.F. por participante

Instituciones invitantes

CENDA
Revista Encuentro XX
Universidad ARCIS
Editorial Grijalbo Mondadori

Instituciones Auspiciadoras

Ministerio de Relaciones Exteriores
Ministerio Secretaría General de Gobierno
Corporación Chile 2000
Diario El Mercurio
Radio Cooperativa

Instituciones Patrocinantes

Universidad Católica de Chile
Universidad de Chile
Universidad de Santiago
Universidad de La Frontera
Federación de Estudiantes de Chile, FECH
Federación de Estudiantes Universidad Católica de Chile, FEUC
Federación de Estudiantes Universidad de Santiago, FEUSACH
Colegio de Profesores
Federación de Trabajadores del Cobre
Central Autónoma de Trabajadores

Inscripciones: CENDA, Vergara 578, Santiago, teléfono 6883760, fax 6883761, <http://cenda.cep.cl>, email: hobsbawm@cep.cl

SUSCRÍBASE A ENCUENTRO XXI

Llene el siguiente formulario, para ser suscrito a la revista Encuentro XXI, por favor espere 8 a 9 semanas para que le llegue el primer número. Sírvase a mandar un cheque a nombre de Encuentro XXI S.A. (Casilla 246-12 Santiago, Chile).

PRECIOS

Item	En Chile	Fuera de Chile
Simple	\$15.000 pesos	US\$60 dolares
Cada Regalo	\$12.000 pesos	US\$55 dolares

SUSCRIBASE A ENCUENTRO XXI

Nombre: _____ Apellido: _____
Dirección: _____ Ciudad: _____
País: _____ Código Postal: _____
Teléfono: _____ E-Mail: _____

DESEA REGALAR UNA SUSCRIPCION

1. Si, deseo regalar una suscripción.
2. No, no deseo regalar una suscripción.

a:

Nombre: _____ Apellido: _____
Dirección: _____ Ciudad: _____
País: _____ Código Postal: _____
Teléfono: _____ E-Mail: _____

SUSCRÍBAME !!!

ENVIAR A FAX (562) 3020405